

la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

COLABORADORES.

Aeensi (D.^a Julia).
G.^a Balmaseda (D.^a Joaquina).
Gassó y Ortiz (D.^a Blanca).
Gimeno (D.^a María de la Concepcion).
Grassi (D.^a Angela).
Sinaes (D.^a María del Pilar).

Alfaro (D. Manuel Ibo).
Ballester (D. Guillermo).
Barrera (D. Pedro).
Campoamor (D. Ramon).
Castillo y Soriano (D. José).

Castillo y Alba (D. Enrique).
García Santisteban (D. Rafael).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hurtado (D. Antonio).
Rafael Monroy y Belmonte.

La correspondencia se dirigirá á los Editores GONZALEZ y BALARI, Silva, 12, Madrid

A LOS PADRES DE FAMILIA ⁽¹⁾

Lanzar á un hijo sin educacion en medio del mundo, además del daño que se le causa es hacer un agravio al resto de la humanidad. (Faley, *Filosofía moral*, c. 9.)

A vosotros, padres de familia, me dirijo, haciéndoos algunas consideraciones sobre la educacion de vuestros hijos, sobre ese inmenso tesoro que satisface todos los deseos y proporciona todas las felicidades.

Siempre habeis oído decir que la falta de educacion es el origen de toda desgracia, la base sobre que descansa todo mal; pues bien, al levantar mi humilde voz en un asunto de tan vital interes, sólo es mi ánimo daros á conocer á grandes rasgos el estado triste á que conduce la falta de educacion, cómo debeis llevar ésta á cabo en vuestros hijos desde sus más juveniles años

y el beneficio que reporta. Y para que veais que la educacion ha sido en todos tiempos y por todas las personas mirada como la llave de toda felicidad, oíd lo que dice Tácito de los antiguos romanos (1): «Confiaban sus hijos á alguna matrona recomendable por su carácter y circunstancias, la cual ponía su principal cuidado en formar la primera pronunciación, en dirigir sus primeras acciones y en velar sobre sus pasiones nacientes y dirigir las á objetos útiles, en presidir á sus diversiones y no permitirles nada contra la modestia y la decencia. Finalmente, su incumbencia era hacer que las inclinaciones del niño, que aún no estaban alteradas con las falsas ideas de los placeres, se dirigiesen por sí mismas á lo bueno y estimable, y procurar que se dedicasen con todas sus fuerzas á la profesion en que manifestaban para sobresalir.»

¿Y por qué todo este cuidado? Porque com-

(1) Este artículo, que publicamos gustosos, nos ha sido remitido por su autor.

(1) *Diál. de Orac.*, 28.

prendian, como gente ilustrada, que el hombre sin educacion es (más que una piedra hermosa sin pulir, como algunos han dicho) un buque sin timon, un caballo sin freno. Y efectivamente es así; el hombre sin educacion, sin ese poderoso dique que sujeta las más violentas pasiones, vese dominar por los vicios más groseros, y entregándose á toda clase de excesos, marcha á pasos agigantados á estrellarse en el abismo de la corrupcion; es un mónstruo que, perdido en los errores de la ignorancia ó enloquecido por los desvarios de la falsa ciencia, conduce insensiblemente á la desgracia á sí y á cuantos llega su ponzoñoso hálito; en una palabra, el hombre, sin el radiante sol de la educacion, es un ser despreciable y despreciado de todos.

Para que vuestros hijos, pues, padres de familia, no lleguen á tan triste estado, para que siendo felices os hagan dichosos, han de ser educados desde sus más tiernos años, pues que entónces cosa fácil es sujetar sus nacientes pasiones y dar buena direccion á sus infantiles instintos: les habeis dado la vida del cuerpo, menester será que les proporcioneis la del alma. Haced que las primeras voces que articulen sus inocentes y virginales labios sean palabras santas, llenas de amor y virtud; desterrad de vuestros hijos los hábitos malos, y poned en su lugar prácticas morales; inculcadles el amor á la virtud y el horror al vicio; en fin, poned vuestro principal cuidado en formar el corazon de vuestros queridos hijos, pues allí es donde se fraguan todas las acciones buenas y malas, como dice el Divino Maestro. Pero si quereis lograr fruto abundante y sabroso, enseñadles con vuestro propio ejemplo, que éste es el mejor maestro. Procurad que vuestros hijos os ámen y teman á la vez, haciendo que os respeten más por la fuerza del cariño que por el rigor del castigo. De este modo criareis en vuestros hijos un espíritu sano en un cuerpo sano, como dice un filósofo; de esta manera, en vez de perjudicar á tercero, serán útiles á sí mismos, á sus semejantes y á la sociedad en general; así os amarán eternamente, y cuando, despues de haber cerrado vuestros moribundos ojos, bajeis á descansar en el letargo de la eternidad, vuestros hijos coronarán con flores de eterno recuerdo vuestros sepulcros, y dando el hermoso fruto que la

educacion fué sazizando, derramarán copiosas lágrimas sobre vuestras tumbas y bendecirán sin cesar el nombre de los que les dieron la existencia.

ÁNGEL SATUÉ PÉREZ.

CRISTÓBAL COLON

Por el año 1486 llamaron á una puerta del convento de frailes franciscanos que habia á media legua de *Pálos de Moguer*, un extranjero y un niño que caminaban á pié y con tal escasez de recursos, que al monasterio de Santa María de la Rábida llamaban para pedir un poco de agua y un pedazo de pan.

Miéntas el portero daba á aquellos desdichados la limosna, acertó á pasar por allí fray Juan Perez de Marchena, guardian del convento, y quiso Dios que le causase admiracion y curiosidad la presencia del extranjero, hasta el punto de entrar en conversacion con él y enterarse de las particularidades de su vida.

Era el guardian hombre de grandes conocimientos, y tal vez por vivir tan cerca de *Pálos*, puerto de donde salian los más atrevidos navegantes de España, sabía bastante de *náutica* y geografia y se deleitó en oír al extranjero que le hablaba de grandes proyectos de navegacion para descubrir nada ménos que un nuevo mundo, es decir, una nueva parte de la tierra desconocida é ignorada. Su corazon, tal vez más aún que su inteligencia, se interesó por el hombre tan pobre que poseia tan rico y esforzado proyecto, y le hizo quedarse como huésped en el convento.

Como es de sabios y prudentes varones desconfiar del propio parecer y escuchar los consejos y opiniones de los demás, llamó fray Juan Perez de Marchena á un médico de *Pálos* llamado *García Fernandez*, que es á quien debemos estos curiosos datos, y el médico acogió favorablemente aquellas atrevidas y grandiosas ideas de Cristóbal Colon, que así dijo llamarse el extranjero.

Por él supieron que su colosal intento habia sido despreciado en otras naciones, y con patriotismo ardiente y corazon lleno de noble valor y firme esperanza, decidióse el Padre Marchena á probar á Colon sus buenos deseos con buenas obras, aconsejándole

se presentase á los Reyes para hacerles aquella proposicion que podia dar gloria y riquezas á España, y al efecto dióle una expresiva carta para su intimo amigo fray Fernando de Talavera, confesor de la Reina de Castilla Doña Isabel, cerca de la cual tenía gran influencia.

Recordad, niños, siempre que penseis en las glorias españolas y siempre que admireis á Colon, á aquel pobre fraile, aquel Pa-

dre Marchena que fué el primero que acogió con calor la idea del sabio navegante.

Por la primavera del año citado dejó Colon á su hijo en el convento y partió á ver á los Reyes, lleno el corazon de halagüeñas esperanzas y confiando en ser pronto recibido, merced á la influencia del P. Talavera.

La corte llegó á Córdoba, donde reuníanse tropas y se hacian los preparativos todos



para emprender una campaña contra el reino morisco de Granada y terminar la heroica obra de la reconquista, comenzada por D. Pelayo desde el rincón de Asturias.

Tuvo en Córdoba Colon la desdicha de no poder obtener ni una audiencia, pues las especiales circunstancias de la guerra no eran las más favorables para conseguir ver á los Reyes para tratar aquel asunto, y el P. Talavera no lo encontró tan acertado como su amigo el guardian de la Rábida, sino por el contrario, juzgó el plan extravagante é imposible y no hizo gran cosa, por lo tanto, en su pro.

El verano y el otoño los pasó el pobre Colon en Córdoba, ayudándose para vivir, créese, dibujando *mapas* y *cartas*, con la confianza de irse ganando amigos poco á poco. Su resignada constancia, enérgico temperamento, dignidad de modales, entusiasmo y gran instruccion, le granjearon realmente amistades, á pesar de su terrible precision de luchar, para adquirirlas, con el estúpido orgullo de los unos y la atrevida ignorancia de otros.

Dícese que uno de los amigos que más le favorecieron fué D. Alonso de Quintanilla, contador mayor del reino, que le recogió

en su casa y se hizo decidido defensor de sus teorías.

El nuncio del Papa, Antonio Geraldini, y su hermano Alejandro, le protegieron también y le proporcionaron el conocimiento de una alta persona de gran prestigio é influencia. Era el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo á la sazón, y tal importancia tenía en la corte su consejo, que al hablar de los Reyes Católicos había quien donosamente le llamaba *el tercer rey* (1).

En un principio creyó el cardenal ver en las teorías de Colón algo que se oponía á la idea religiosa, y consideraba, por lo tanto, sus opiniones como *heterodoxas*; pero cuando su sano juicio y veloz comprensión vieron más extensas explicaciones, obtuvieron aquéllas atenta y favorable acogida.

(Se continuará.)

HISTORIA NATURAL.

El Pingüino.

Esta ave habita en las más altas latitudes del globo y siempre en las regiones cubiertas de hielo; vive y se encuentra habitualmente sobre los témpanos de hielo flotantes del polo ártico. De donde no se aleja más que muy accidentalmente y no abandona el mar hasta la época de poner huevos. Es muy común en la Groenlandia y visita raras veces las islas Orcadas.

Anida en las quebraduras y cavernas de las rocas y pone un solo huevo del tamaño de los del cisne, de un blanco mate salpicado de líneas y manchas negras que presentan la forma singular de letras chineas.

Se alimenta de peces y de plantas marinas; su altura es algo mayor que la del ganso; tiene delante de los ojos, y á cada lado de la base del pico, una gran mancha blanca; la cabeza, el dorso, las alas y la cola son negras; el cuello de un negro más claro con un matiz castaño; las alas de un color de ceniza

(1) Pedro Martir le llamaba así.

oscura; el vientre muy blanco y el pico negro, estriado en su base y hendido en la punta, de otras estrias más pequeñas de fondo blanco.



Como es verdaderamente extraño que un pájaro que vive siempre en las más tristes y salvajes soledades de los polos sea susceptible de una gran facilidad de domesticarse, vamos á dar á conocer á nuestros apreciables suscritores una anécdota acerca del pingüino, que encontramos garantizada por la veracidad de los viajeros que la han referido.

Navegando por los mares del Norte, para la pesca de la ballena, el navio americano *El Triton* (de New-Bedfort), una mañana había logrado amarrar á la embarcación una de esas monstruosas reinas de los mares

Después de una gran resistencia. La tripulación celebraba el éxito del día con una comida de viandas saladas y buenos tragos; cuando un marinero que había quedado sobre el puente vio un pingüino que nadaba entre el barco y la ballena, queriendo saltar sobre ella.

Cogieron al ave y decidieron matarla para utilizarse de su piel, pero un marino más humano intercedió por el pobre animal y fue indultado, siendo arrojado libre al mar.

Se pusieron a partir en trozos la ballena, y de pronto vieron aparecer en el agua al mismo pájaro, que procuraba entrar a bordo.

Por orden del capitán lo cogieron y lo entraron en el buque y comenzó a pasearse tranquilamente sin espantarse de la gente y dando visibles muestras de alegría, dejando a todos acercarse y acariciarle. Bien pronto se captó las simpatías de todos los tripulantes que en su idioma le pusieron por nombre *Jack Pinguin*, por el que atendía como un perro.

Lo más particular era la distinción que hacía de su afección para con los marineros del *Triton*, pues en las visitas que entre sí se hacían varios buques balleneros, acompañaba a aquellos nadando delante de las lanchas, pero no se dejaba coger de los otros, sino que sumergiéndose en las ondas aparecía cerca del *Triton*.

De cuando en cuando le soltaban y él pescaba su alimento y volvía; pero una tarde mientras estaba de pesca sobrevino una borrasca que lanzó el navio a unas tres millas de distancia. Cuando se apercibieron de que Jack no estaba en el buque, la pena fue general, y todos miraban hacia el horizonte buscando al camarada que acababan de perder; pero al cabo de dos horas un grito de alegría sonó en lo alto del palo mayor:

¡Jack vive!

Cortando con gran trabajo las ondas aún agitadas y reuniendo todas sus fuerzas que estaban ya a punto de abandonarle, el pobre animal se acercaba al navio y bien pronto estuvo a bordo. Había desafiado la tempestad y nadado con peligro de su vida por reunirse a sus protectores. Tres meses continuó en el buque, querido de todos. Cuando tenía hambre se colocaba frente al piloto y le estaba mirando fijamente hasta que obtenía lo que deseaba. Solían darle pan y carne sin sal, en pedacitos, y él iba enseguida al tonel a beber agua. Un día el capitán, por una distracción, le dio unos trozos de jamón, y el pobre pingüino murió a las dos horas.

Hemos visto relatado el momento de tristeza de toda la tripulación por la muerte de aquel animal a quien habían tomado un gran cariño, y se nos ha asegurado que al arrojarle al mar sentían aquellos rudos marineros tal emoción, que se hubiera podido creer al verlos que se trataba de la muerte de un compañero de navegación más que de la de un animal querido.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

Pasada ya la ligera indisposición de Carlos que impidió al buen abuelito llevar adelante su propósito de organizar sus pequeñas funciones teatrales para el ameno entretenimiento de sus nietos, se comenzaron los preparativos de la primera comedia que dicho señor arregló a la escena española, de una original de la condesa de Segur, y hace pocas noches que tuvo lugar la fiesta, habiendo sido muy aplaudidos todos los niños que tomaron parte en ella, llamando la atención la propiedad con que los mismos vistieron e interpretaron sus papeles, algunos de los cuales eran de personas de cierta edad, y por lo tanto difíciles para ellos.

Los estudiaron con mucho esmero y gran afición, y como tuvieron la acertada dirección del abuelo, hombre muy competente en la materia, hicieron prodigios, al decir de las personas que tuvieron el gusto de asistir á tan agradable reunión.

Para que nuestros jóvenes suscritores la conozcan y puedan, si gustan, representarla en su día, vamos á publicar la comedia, con la esperanza de que la leerán con agrado.

PEPITO TRÁPALA

COMEDIA EN DOS ACTOS.

Personas.

EL SR. DE RAMÍREZ.
LA SRA. DE RAMÍREZ.
EL SR. DE GARCÍA.
LA SRA. DE GARCÍA.
JULIA RAMÍREZ.
PAQUITA RAMÍREZ.
ELVIRA GARCÍA.
PEPITO GARCÍA.
ANDRÉS { primos de Julia y Paquita.
MANUEL {

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala elegante, puertas al foro y ventanas que dan al jardín.

ESCENA I.

JULIA y PAQUITA, *después* ANDRÉS y MANUEL.

JULIA. Es extraño que Elvira y Pepito no hayan venido aún, porque ya son las cinco y ellos son siempre muy puntuales.

PAQUITA. Ya sabes lo que es Pepe! Con esa cabeza que tiene, todo se le olvida y nada hace como se debe.

JULIA. Pero hija, ¿cómo se le ha de olvidar que tiene que venir con su hermanita para que ensayemos la charada, y que nuestros primos están citados con él aquí también?

ANDRÉS. Ola, primitas, buenas tardes. ¿Todavía solas? Pues ¿y Pepe y su hermanita?

PAQUITA. Los estamos esperando hace ya un buen rato.

MANUEL. Pues empecemos á ensayar nuestros papeles, y aunque falten dos, unos harémos las figuras de otros...

JULIA. Sí, sí... vamos! ..

PAQUITA. Como queráis...

ANDRÉS. Empezce el ensayo...

JULIA. ¡Ay! no puede ser...

MANUEL. ¿Por qué?

JULIA. Porque Pepito se llevó la charada

escrita para copiar su papel, y hasta que venga...

ANDRÉS. Es verdad.

PAQUITA. ¡Qué lástima!

MANUEL. ¡Callad! Me parece que oigo hablar...
(*Escuchando va hacia la puerta.*)

JULIA. Sí, sí... ellos son...

PAQUITA. ¡Gracias á Dios!

ANDRÉS. Ya era hora!...

ESCENA II.

Dichos, ELVIRA y PEPITO.

PEPITO. Aquí estamos todos!

JULIA. Nos habeis hecho perder más de media hora.

ELVIRA. La culpa es de Pepe, que no está nunca aviado para salir.

PEPITO. Yo estoy listo hace tres horas y media.

ANDRÉS. Pues entónces, ¿por qué no has venido?

PEPITO. Porque por una de esas grandes casualidades que pasan en la vida...



me he encontrado encerrado en mi cuarto.

MANUEL. ¿Quién te ha encerrado?

PEPITO. Quién? No lo he podido averiguar; pero he tenido que salir por el balcón!

PAQUITA ¡Ay, Dios mío! ¿De un piso tercero!

PEPITO. Sí... pero yo no tengo miedo á nada. Abrí el balcón, pasé por la barandilla, y una vez de la parte de afuera, me coloqué sobre una cornisa, y agarrándome á la parte saliente de las piedras de la fachada, he ido pasando de casa en casa, bajando poco á poco á medida que encontraba cornisas más bajas, y al llegar á una esquina veo pasar un *ómnibus*, me arrojo...

MANUEL. ¿Desde qué altura?

PEPITO. Muy poca cosa... unas siete varas... Pues como digo, me arrojo, y con tan buen tino, que voy á caer encima del *ómnibus*, que me conduce al galope. Llamo al mayoral; pero debe ser algo sordo y no me ha oído y me han conducido á media legua de mi casa.

ANDRES. ¿Y cómo te has compuesto para volver?

PEPITO. Cómo? Pues... muy fácilmente. Tenía dos reales y he tomado otro *ómnibus* para volver. Aquí teneis la razon de que con unas cosas y otras hayamos venido algo tarde, y ya veis que no ha sido por culpa mia

MANUEL. Lo que veo es que nos inventas una historia como todos los dias; y me figuro que te has escapado de tu casa y has ido á una confitería donde te has gastado los dos reales, mientras Elvira te ha estado la pobre esperando.

ELVIRA. Lo mismo me figuro yo.

PEPITO. ¡Qué tontos sois!... Pero, en fin, no disputemos; esta es hora de divertirse y nada más. Dejémonos de cuestiones. ¿A qué jugamos?

PAQUITA Vamos á ensayar la charada que tenemos que representar el domingo.

PEPITO. Vamos allá! Corriente! Por mí no hay inconveniente nunca para nada.

ELVIRA. ¿Has traído el papel que te llevaste para sacar copia de tu parte?

PEPITO. Ya lo creo!

ANDRES. Pues venga.

PEPITO. Ya lo creo!

PAQUITA Anda, hombre, dánosle!

PEPITO. Pues ya lo creo! *(Se busca en todos los bolsillos.)* Es raro! No lo encuentro!

ELVIRA. Lo habrás dejado por olvido en casa.

PEPITO. Ah! Ya me hago cargo. Le tenía cuando salí por el balcón; debe haberse caído en el *ómnibus* al saltar.

ANDRES. Mira, Pepe, basta de embustes. No seas Trápala. Todo lo que nos has contado es tan imposible, que ninguno lo hemos creído.

PEPITO. Cómo que no?

(Se continuará.)

* * *

EL NIÑO.

Madre, he visto un entierro
cerca de casa;
ornaban bellas flores
la humilde caja,
donde decían
que iba encerrado el cuerpo
de tierna niña.
Mucho en esto he pensado,
y aún no me explico
por qué, madre del alma,
mueren los niños;
dime, ¿tú sabes
cuando viven tan poco
para qué nacen?

LA MADRE.

Para que conozcamos
y que admiremos
lo que de santo y grande
se halla en el cielo,
Dios nos envía
ángeles que de encantos
llenan la vida.
Unos se vuelven hombres
y aman la tierra;
otros son siempre ángeles
y al cielo vuelan;
por eso, hijo,
los que ángeles son siempre
se mueren niños.
Consuelo y alegría
son de las madres,
que á nadie quieren tanto
como á esos ángeles;
aunque ángel eres,
mientras yo esté en el mundo
de él no te alejes!

JULIA DE ASEÑAL



FÁBULA.

Por una cuesta arriba, en un borrico
iba un buen hombre, y á su lado un chico,
y una mujer que estaba allí escazando,
al ver al uno en burro, al otro andando,
dijo en tono burlon: — ¡Vaya un caziño!
El padre en burro y á patita el niño.
El hombre se apeó de su jumento
y al pobre chico le dejó el asiento.....
Cuando así caminaba por la cuesta,
venia un viejo en direccion opuesta.
— Vaya un respeto á los mayores, dijo.
El padre andando y á caballo el hijo!
Montáronse los dos, pues de este modo
creían ellos conciliarlo todo.....
Encontraron un mozo en el camino,
y dijo: — ¡Bien cuidado va el pollino.
Si el amo no lo ve ni lo consiente,
¿qué os importa á vosotros que coriente?
Bajaron del pollino que montaban,
y del ramal cogido lo llevaban,
y una vieja al pasar, dijo chillando:

— ¡Anda! Teniendo burro van andando.
A lo que yo discurreo,
son estos dos más burros que su burro.
Hijo, vamos á ir como Dios quiera;
porque yo no adivino la manera
de darles gusto á todos
aunque probemos de cincuenta modos.

*Obra bien, y medita la advertencia
del hombre de virtudes y de ciencia;
mas en todo el trayecto de tus días
desoye siempre las majaderías.*

C. S. de Cuenca.

Solucion de la charada primera del número 8:

ORIUNDOS.

De la segunda:

SOLFEO.

De la tercera:

CÁSCARAS.

De la cuarta:

CABO.

MADRID.—Lit. de N. Gonzalez, Súva, 12.